

dulas, que se hiciese una casa, tan grande y cumplida que las mismas mujeres recogidas, viviendo debajo del amparo y favor del obispo, pudiesen tener y enseñar mil doncellas, que viviesen honestamente. Y así, por una admirable manera, se convierten a la santa fe católica los indios; y las doncellas aprenden los primeros rudimentos de la fe, de las mujeres honradas; y los indios de varones religiosos. Después, ellos y ellas enseñan a sus padres gentiles, lo que aprendieron; por lo cual parece haber dicho de ellos el profeta David:¹ De la boca de los niños y de los que aún maman, hiciste, señor, perfecta tu alabanza. Cristo sea salud de vuestras reverencias, a quien suplico yo humildemente rueguen, que lo que él ha comenzado, por su clemencia lo acabe. De Mexico, doce de junio de 1531 años.

CAPÍTULO XXXIV. *De la noticia que se tiene del cuerpo de este santo obispo fray Juan de Zumárraga, y de las cosas maravillosas que sucedieron en su descubrimiento*



A NOTICIA QUE SE TIENE DEL CUERPO de este varón de Dios, primer obispo de Mexico, es en esta manera: más de treinta y cinco años después de su bienaventurada muerte quisieron bajar el suelo y gradas del altar mayor, donde estaba enterrado, porque eran muchas y estaba alto; había servido en su juventud y mocedad, al dicho obispo, Pedro de Nava, hijo de padres nobles y principales de la misma ciudad, y aficionado a las cosas de la iglesia, estudió y se ordenó de misa, y por su mucha virtud y honradas calidades, llegó a ser canónigo de la misma santa iglesia de Mexico; y siéndolo en esta sazón, y habiendo servido al santo y habiéndolo tenido más por padre (el tiempo que le sirvió) que por amo y señor, habíale cobrado un amor muy entrañable, y ayudaba a este particular amor haber visto en él siempre muchas de las cosas que de su santa vida quedan referidas, como quien sabía las interiores de su recámara, donde hacía el santo obispo mucha de su continua y áspera penitencia; y como en esta ocasión la vido muy ajustada a su deseo, le tomó gana de querer ver el cuerpo santo, por satisfacerse de cómo estaba, pareciéndole que tan singular vida como la suya debía de estar galardonada con algún particular don concedido a su bendito cuerpo. Y con estas ansias de verle se concertó con otro clérigo, llamado Alonso Ximénez, que a la sazón era sacristán, y después llegó a ser racionero de la misma iglesia, y después fraile en la religiosísima orden de mi padre San Francisco, y juntamente llamó el dicho canónigo a otro hermano suyo, llamado Alonso de Nava, que por ser para esta tan santa obra, prestó muy alegre consentimiento; y concertados los tres fueron aquella noche, algo a deshora, con muy grande recato, y llevando azadas para el caso, comenzaron a cavar porfiosamente, a quien más

¹ Psal. 8.

podía, sólo con el interés de gozar, sin estorbo ni impedimento, de aquella venerable y celestial reliquia: cavaron todo el hondo de la tierra que tenía la sepultura, que se conocía ser aquel el lugar, porque sobre él estaba colgado y pendiente el sombrero verde pontifical que usaban, pero no directamente donde estaba la caja, sino al soslayo un poco, de manera que la descubrieron por un lado de ella; y por no volver a cavar de nuevo, por ser mucho el tiempo que requería para ello y temer algún estorbo, determinaron de quitar la tabla, que le correspondía aquel lado por donde la descubrieron y en desclavándola, salió de ella tanta fragancia de olor, que los dejó muy alentados y contentos, y fue creciendo de manera que parecía estar perfumada y muy sahumada la iglesia; y porque no se divisaba el cuerpo con la obscuridad de la caja, llegaron la candela y el primero que llegó a ver el santo cuerpo, y metió dentro la cabeza para mejor verlo, fue el dicho canónigo, lo uno por haberle servido y llevarle el amor que en vida le había tenido mas aprieta que a los compañeros (como otro San Pedro que se anticipó a San Juan, cuando conocieron a Cristo, que aunque San Juan conoció primero, fue Pedro el que primero llegó) y metiendo la cabeza en el ataúd, vido aquella santa imagen entera, vestido de pontifical, con la casulla blanca, guarnecida de argentería, con que le habían enterrado y en su cabeza puesta una mitra de raso o tafetán, con la misma argentería por orla, y levantadas sus manos y juntas, como cuando las juntamos para hacer alguna deprecación al cielo; tenía en sus dedos los anillos pontificales y la cabeza despegada del cuerpo, con el peso de la mitra y caído un poco hacia bajo; y lo que más admira y espanta es que el cabello de la barba, siendo muy corto cuando lo enterraron, estaba entonces crecido, más de cuatro o cinco dedos. Si esto creció luego, a los principios que aquel santo cuerpo fue puesto en aquel lugar con el jugo que tuvo de la carne, que aun no se había consumido, no lo sé, porque esta determinación la dejó para los señores médicos, que profesan esta facultad; que aunque yo por ser filósofo tuviera licencia para decir algo, no quiero meterme a trasegar bártulos ajenos, sólo digo, siguiendo mi facultad de teólogo y historiador, que cuando aquello hubiese sido cosa natural, en haber crecido en tanta largura, parece sobrenatural y cosa de milagro, conservarse tanto tiempo sin corrupción; porque vemos que un cuerpo sin alma, que es la que le da vida, en desamparándolo se le yela la sangre, y luego le entra la corrupción, y cuerpo corrupto no puede sustentar cosa en sí que tenga el mismo ser y entereza que tenía antes, cuando se vivificaba en él, según la vida que tenía, así en acto vegetativo como sensitivo, o otro cualquiera que le perteneciese; por razón de su especie y estar este cabello de barba en ella, con esta disposición dicha, no parece cosa natural; y no siéndolo ha de serlo sobrenatural; la cual es hecha por particular providencia de Dios, que lo conserva en aquel ser que antes tenía. Y dado caso que querramos decir que suele el cabello conservarse más tiempo que la carne, como parece en cuerpos que se descubren en algunas sepulturas que se abren para enterrar a otros en ella, que aunque está consumida la carne y convertida en tierra, está el cabello todavía en su misma forma, con todo 'digo, que

no dura tantos años en este ser, porque a pocos que se pasan se deshacen, como la experiencia nos lo enseña. De manera que por lo dicho queda averiguado ser milagro que aquellos venerables cabellos de este apostólico varón estuviesen por aquel tiempo enteros y en su mismo lugar donde Dios lo conservaba (y de presente debe de conservarlos, porque nunca más se ha abierto aquel santo tesoro) y aunque parecía estar entero su cuerpo no lo certifican los que lo vieron, sólo dijo el dicho canónigo (que fue el que llegó a su rostro) que parecía deshacerse en ceniza y polvo la parte que de él tocaba y así; llamó, con espanto y presteza, al compañero Ximénez para que también lo viese y alabase a Dios en su santa vista y gozase de la misma gloria y fragancia suavísima que de la caja salía; y el dicho padre Ximénez se llegó y lo vido, con grandísimo respeto y recato, no hartándose de alabar a Dios en sus maravillosas obras; llegó también el tercero, Alonso de Nava, y gozó de lo mismo, no cesando los tres de dar gracias a Dios de haberles dejado ver aquel santo tesoro. Pero dicen que fue tanto el temor que les puso la veneración de su persona, que se les erizaron y levantaron los cabellos de la cabeza; y no es maravilla pues ya aquello que allí veían, aunque era cosa humana, no era por humano modo conservado en aquella forma que lo veían, sino por disposición divina que pertenece a la vida inmortal que se consigue después de esta mortal que vivimos, donde los cuerpos han de permanecer enteros y gloriosos; y siendo esta visión ya milagrosa, no es maravilla (como digo) que causase temor reverencial y asombro, y con él gozaron de grande contento; porque las cosas que son de Dios, aunque cuando se ven ponen asombro, no es para atemorizar y matar, sino para que con más respeto y atención se vean. Así le sucedió al profeta Ezequiel, en la visión que vido en Babilonia; y a San Juan en la Isla de Pathmos, acerca de las revelaciones de su Apocalipsi,¹ y a otros santos varones que han merecido los aparecimientos divinos, que han recibido asombro con ellos; pero luego han quedado muy fortalecidos y conortados, como lo quedaron estos tres testigos de esta bendita visión, que quiso Dios que lo fuesen, para la certificación de este milagro; y no uno solo, porque el caso quedase sin raspa de duda; pues dice Cristo² que en la boca de dos o de tres está toda verdad.

No quiso el devoto canónigo irse de allí sin llevar reliquia de su santo cuerpo; y llegando a sus manos le quitó una sortija de oro muy llana y sin adorno ninguno, la cual tenía una pequeña esmeralda, que era del oficio episcopal y juntamente un dedo de la mano, y con esto quedó contento, pareciéndole llevaba muy grandes y estimables reliquias, como en realidad de verdad lo eran; y lo que más debe encarecerse aquí es que el anillo o sortija, como había tantos años que estaba debajo de tierra (aunque metido en caja) por ser la de la ciudad tan húmeda, por participar del salitre de la laguna, parecía tener algún moho, y limpiándola el canónigo con un paño, comenzó luego la piedra a sudar y creció el sudor hasta hacer una

¹ Apoc. 1, 17.

² Math. 18.

gota de agua gruesa, Espantado del caso, llamó a los compañeros para que también la viesén; y espantados del milagro limpiaron el agua que había manado, y volvió otra vez a sudar de la misma manera que antes. Y no queriendo el dicho canónigo hacer más experiencia, porque parecía que era tentar a Dios, lo ató en una trenza de la camisa y puesta al cuello se apartó y debió de querer dar Dios a entender a estos devotos hombres, que presentes estaban en este milagro y sudor, que tenía el santo obispo manos tan generosas y largas que así como el agua apretada en el puño, no queda de ella nada, porque toda se sale entre los dedos, así los bienes eclesiásticos y de sus rentas, puestos en ellas, salían por entre los dedos como agua derramada, haciendo limosnas muy copiosas como en el discurso de su vida dejamos referidas, y también para dar a entender la limpieza de su pura y religiosa conciencia, la cual pureza representaban los antiguos en el agua, porque es la que purifica y limpia todo lo sucio y asqueroso de la ropa estragada. Y finalmente, quiso Dios mostrarles la estimación en que se había de tener aquel santo cuerpo; pues cosa que había estado en sus manos daba, contra su natural, agua, donde jamás la había habido. Y habiendo pasado las cosas dichas volvieron a pegar la tabla al ataúd, que era muy ancho y grande, y entonces cesó de salir aquella fragancia de olor que antes salía; y cubriéndolo de tierra, como de primero estaba, se fueron alabando a Dios en su santo. Guardó estas reliquias este devoto eclesiástico, como dedo y sortija de santo apóstol, que lo fue primero de la iglesia mexicana.

Esto me certificó el mismo Alonso de Nava, más de treinta años después de haber sucedido y débese creer, por la grande autoridad de su persona, porque por ser tal ha andado, desde muy mozo, ocupado en oficios reales, en lo mejor de esta Nueva España, donde siempre ha dado muy gran razón de sus oficios; al cual en los últimos tercios de su vida fue Dios servido de privarle de la vista de los ojos corporales, por ventura, para que con los del alma contemple esta que entonces vido, y otras que le importen para su salvación. Y así lo hace; y porque dice el espíritu Santo que ninguno ha de ser alabado mientras viviere; callo de él otras muchas cosas que de su vida y recogimiento pudiera decir; sólo digo que ha perdido el rey y el reino, en perderle, un muy grande y aventajado ministro, muy padre de los indios y vigilante coadjutor de los ministros evangélicos, para las cosas de la administración de los sacramentos y obra de doctrina. Y certifica, más para gloria de Dios y honra de su santo obispo, que estando de parto su mujer, doña Mariana de la Mota, hermana del señor don Alonso de la Mota, que ahora es dignamente obispo de Tlaxcalla, se le atravesó la criatura en el vientre y estando a mucho riesgo y peligro, por no poder nacer y ambos a punto de morir, el dicho canónigo su hermano sacó de un escritorio la reliquia del anillo que allí tenía guardado y se lo puso, con grande fe y devoción, sobre la barriga de la preñada, y luego que lo puso obró el poder de Dios de sus acostumbradas misericordias y vieron todos cómo, dando un vuelco la criatura, se puso en la postura y manera que había de nacer, y nació, luego, sin lesión suya, ni riesgo de su madre, el cual vive y se llama don Alonso de Nava. Esta sortija guardó el padre Pedro de

Nava, su tío, algunos años, hasta que sabiendo de ella el padre fray Diego de Mendoza, fraile de San Francisco, guardián de su convento de Mexico, hizo instancia en pedirla, y por ser hombre de grande veneración y respeto, se la dio, quedando con desconsuelo de haberla dado, por tenerla por preciosa y singular reliquia. Sea Dios alabado, que sabe hacer de éstas y otras semejantes maravillas.

CAPÍTULO XXXV. *De algunos religiosos de santa memoria, de aquellos tiempos, especialmente de los padres fray Juan de Rozas, que fue el primer comisario de esta Nueva España, y de fray Juan de Granada, fray Antonio Maldonado y fray Antonio Ortiz*



COMO YA EN AQUELLOS PRIMEROS TIEMPOS de la conversión de estas gentes indias crecía el número de los ministros evangélicos, en esta familia franciscana de las Indias, se determinó por los preladados generales de la orden que hubiese uno en estas partes, con nombre de comisario general de ellas, porque ya por entonces comenzaban a derramarse los religiosos por muchas y varias provincias y reinos, ocupados en su evangélico ministerio, para que como cabeza general acudiese a las cosas extraordinarias del gobierno, como el generalísimo de la orden, si presente estuviera. Para lo cual fue electo en este oficio, por primer comisario general de esta Nueva España, el padre fray Alonso de Rozas, de la provincia de Castilla, por su mucha prudencia y religión, y vino a ella el año de 1531. Y como en esta tierra hubiese tanta observancia en los religiosos de aquel tiempo, renunciando el oficio, por parecerle cosa muy cargosa y de grande impedimento para su quietud, se quedó en ella y vivió siempre con mucha penitencia y santidad de vida y ejemplo, sin aprender la lengua de los indios, o porque la memoria no le ayudaba o porque le debía de ser el trato y comunicación de ellos, estorbo para su recogimiento y oración continua. Y como nuestro adversario Satanás anda, de ordinario, rodeando los hombres (como dice San Pedro)¹ para ver a quién se podrá tragar, viendo que a este bendito religioso no le podía entrar por ninguna culpa, de las muchas que debía de persuadirle, se contentó con inquietarlo, usando de sus mañas antiguas, que son procurar con más violencia inquietar a los varones más perfectos. Fue tan fuerte la tentativa con que le acometió que le venció, haciéndole dejar la tierra, que ya que en ella no le quitaba a ninguno de sus infieles, por comunicación que con ellos tuviese, a lo menos debía de ofenderle con las santas oraciones con que pediría a Dios continuamente la luz y claridad para las almas de tantos infieles como entonces había; y vencido por este modo (como otros muchos) la dejó y se fue a España. Ido a España, donde le pareció, que había conseguido todo lo que podía desear,

¹ 1. Petri. 5.